

## Amanda

El Rincón, Santiago Rodríguez (1977)

Cuando Amanda terminó de cargar el agua del río, corrió hacia su habitación, buscó su diario dentro de la caja que estaba debajo de su camita y, con el fresco que daba la madera y la cana con que estaban hechas su casa, se acostó en la cama y empezó a escribir:

*“Querido Diario, ya sé que tengo una semana que no te escribo nada, pero para ser sincera, no he tenido motivación para escribir en estos días porque ya no tengo nada que leer. En el campo no venden libros. Las noticias de los periódicos que mi primo trae del pueblo me aburren y ya no quiero jugar con mis primas. Querido diario, volveré a escribir cuando tenga algo de inspiración o cuando no tenga que cargar agua del río”.*

—¡Amanda!, ven a fregar y suelta esa mascota —gritó su madre.  
—Ya voy, Ma’ —dijo Amanda cerrando su diario, que en realidad era un cuaderno viejo.

Llegó el anochecer y Amanda solo pensaba en encender la lámpara de su pequeña habitación para leer uno de los cuentos de *Las Mil y Una Noches* por centésima vez antes de dormir.

Luego de hacer la cena para su familia, Amanda se acostó y, a la luz de su lámpara humeadora, empezó a leer. Le fascinó como Scheherazade le contaba al Sultán otra historia, imaginando que todo lo que pasaba en ese libro era como una película. Media hora después, Amanda se durmió boca arriba con el libro en su estómago, pensando en ese mundo de fantasías, soñando con algún día vivir y estudiar fuera del campo.

El reloj natural de Amanda la despertó a las 6:45 AM e inmediatamente se va al aseo para empezar su rutina: ayudar a su madre en la casa, cargar agua del río, cuidar a sus hermanos pequeños y hacer la cena. Todas estas actividades las hace con la mente en el aire, pensando qué se sentiría viajar a la capital, o mucho mejor, a una ciudad grande como Nueva York.

Luego de almorzar, Amanda se sentó un momento en una de las tres sillas de cuero de vaca que hay en la terraza de su casa, que divide el fogón del resto de la casa.

—Amanda, ve al río y busca el agua que ya es tarde —gritó su madre desde la cocina.  
—Sí, Ma’, ya voy —respondió Amanda gentilmente.

De camino al río, con los pies en la tierra caliente y la mente en las nubes, Amanda pensó:

*“¿Y si voy al pueblo a buscar un libro nuevo? Pero ¿dónde lo voy a conseguir?” Bueno, aunque sea traigo algunos periódicos. Pero ¿dónde voy a dejar los calabazos de agua?, ¿qué le voy a decir a mami?, ¿y si se me hace tarde y se dan cuenta que me fui?”*

Sin seguir pensando, Amanda ocultó los calabazos en un montecito cerca del río, se armó de valor y empezó a correr en dirección al pueblo. Diez minutos después sintió que los rayos del sol le daban en la cara y le secaban la garganta. Decidió pararse a respirar y miró hacia atrás, dándose cuenta de lo que había hecho y del lío en el que se iba a meter.

Ya no había marcha atrás, pensó, así que siguió caminando por una hora hasta que empezó a ver las pocas casas de concreto que había en el pueblo. Con una sonrisa más brillante que el sol de las doce y con la ilusión de llevar a casa, aunque sean dos libros nuevos y algunos periódicos, Amanda se acercó al Liceo de Sabaneta, donde ella sabía que podía conseguir libros. Su cara cambió al notar que la puerta principal del Liceo estaba cerrada, alcanzó a ver las ventanas de las aulas y la puerta de la parte de atrás y también estaban cerradas.

—*Amiguita, hoy no hay clase.* — le dijo un niño que pasaba por ahí en una bicicleta.

Amanda, inmediatamente, sintió un nudo en la garganta y los ojos se le volvieron un río al escuchar esa noticia. No podía creer que había llegado tan lejos a escondida de su madre y no iba a conseguir ni un libro, pero ni modo, tenía que seguir caminando para al menos conseguir periódicos.

Al llegar a una pulpería, Amanda notó que el dueño amarraba las verduras con una parte del periódico y, con la otra, su esposa recogía la basura.

—*¿De casualidad no tienen más periódicos?* — preguntó Amanda.  
—*Ay no more, ya lo usamos, eso desde que llega de Santiago se le da uso, total, aquí nadie lee eso* — respondió la señora amablemente.

Amanda sintió una frustración tan grande que solo alcanzó a sonreírle a la señora, y sin nada más que hacer, se devolvió hacia su casa. Iba llorando el camino entero y pensando en la pela que le iban a dar cuando llegara.

Pasó una hora completa caminando hasta que notó una mochila en el pequeño charco que se formaba en el camino. La corriente del charco estaba arrastrando la mochila. Amanda corrió rápidamente hacia el río y abrió la mochila empapada para ver lo que tenía dentro. Cuando Amanda por fin la abrió, no podía creer lo que estaba viendo, eran más de diez libros diferentes y hasta había uno en inglés.

Amanda salió del río y abrió los libros para asegurarse de que el agua no los había dañado, pues, aunque la mochila no se había mojado tanto por dentro, algunos de los libros estaban húmedos y las portadas se les estaban despegando.

Estaba desesperada por llegar a casa y empezar a leer el primero de los trece libros que encontró. Amanda corrió hasta su casa, le dio la buena noticia a su madre, quien no reaccionó muy bien a esto porque ya sabía que Amanda andaba en el pueblo, su tío la había visto y la delató.

Luego de una buena pela, un buen baño y una humilde cena, Amanda, guardó sus libros en una caja debajo de su camita y, antes de leer el primero, sacó su diario y escribió:

*“Querido diario, hoy 7 de abril del 1977 fue el mejor día de mi vida”.*

Fin